

Capítulo I: El hijo de las sombras

Las sombras se apoderaban de la noche y la luna brillaba con todo su esplendor.

En los límites entre la tierra y el desierto, el castillo de Ewan se alzaba mostrando toda su belleza en la noche de “La Muerte”.

Una sombra se movía entre sus hermanas. Era ágil y rápida, y evitaba todos los obstáculos como si los conociese de memoria. Con asombrosa rapidez llegó a la torre central que unía todas las diferentes partes del castillo. Nadie podía imaginar de dónde había salido.

La sombra, aprovechando la negrura de la noche, decapitó con sorprendente facilidad a los guardianes que protegían la entrada a una habitación con una puerta asombrosamente elaborada y trabajada. El asesino miró a sus enemigos muertos, que en ese instante daba la sensación de que llevaban más de una década sin vida, e hizo un extraño ruido, semejante a un “tch”, mientras miraba, con un profundo odio reflejado en sus ojos, los cuerpos inertes.

Se coló sin hacer ruido en la estancia. Era grande y lujosa, llena de decorados que llenaban la alcoba de luz y de colores. Caminó despacio hacia el lecho de una persona que conseguía hacer que la habitación tan vivaz, fuera triste, solitaria y fría, como si un muerto viviese en ella.

Allí, en la ahora lúgubre y triste estancia, se hallaba una joven de no más de doce años, hermosa como ninguna otra y de apariencia frágil como la de un cristal del mejor artesano. Solamente una cosa nublaba su esplendor, unas manchas negruzcas que, a largo tiempo, le acabarían consumiendo el cuerpo. La joven llevaba el pelo rubio suelto y peinado con cuidado. Sus ojos de un azul grisáceo, reflejaban la más absoluta tristeza, y a su vez, la más reconfortante felicidad.

–Naishä, he venido a ayudarte – decía el chico, y en sus grises ojos las lágrimas corrían como si de un par de estanques llenos se tratase.

–¿Por qué has venido? – dijo la niña llamada Naishä con un hilo de voz que no disimulaba su estado enfermizo, y que dejaba claro que esa muchacha poseía una voz tan bella como el cantar de los pájaros.

–No dejaré que te maten, sé que me están intentando presionar... ¡No quiero que mueras! – dijo el fugitivo que echó a llorar – ¡No se lo permitiré!

–¿Pero cómo lo conseguirás?

–Mataré al rey, mataré a tu hermano – la princesa lo miró con preocupación.

–Puede que te maten, puedes morir – dijo la preocupada enferma – ¡No quiero que mueras! ¡Eres lo único que me queda!

–Mientras conserve el deseo de volver a verte, no me matarán. – dijo el joven, que a la luz de las velas, era un joven de unos dieciséis años aproximadamente – Lo hago por salvarte, Naishä. Lo hago porque quiero volver a verte sonreír, como cuando no había preocupaciones; y por eso te entrego mi vida...– la muchacha comprendía que era un asunto que no se podía tomar a la ligera – Sé quien es, y no dejaré que te hiera más... ¡Nunca!

–No me puedes dar tu vida...– le espetó la joven – Mi enfermedad te afectaría y no podrías cumplir tu cometido.

–Si no te salvara sería como si mi alma hubiera dejado de dominar mi cuerpo... ¡No puedo vivir si tú estás muerta! ¿Lo entiendes?– el intruso le suplicaba que lo entendiera, que aceptara su vida.

La chica le entregó una obligada sonrisa al desesperado y torturado chico que se hallaba sentado en la cama. El asesino recibió la sonrisa como una queja, se acercó a la asustada joven y la besó en los suaves labios, para asombro de la princesa, aunque ésta no se ruborizó, solamente cerró los ojos y pensó en lo que iba a pasar. El joven la agarró del cuello con delicadeza y con la mano izquierda dibujó un signo azul en el aire, cuando apartó los dedos de la imagen, de su boca empezó a brotar una bocanada de vapor azulado, a continuación dijo:

–Nuestras vidas son una, somos uno – Y acostó a la muchacha que se había quedado sin palabra – ¿Me odiarás?– le preguntó con tono de arrepentimiento – Creo que tendría que haber esperado a que dijeras que sí...

Una fría mano acarició el rostro blanco como la porcelana del joven.

–¿Por qué me pides perdón? En mi corazón nunca habría encontrado el valor suficiente para recibir tu vida y que tú recibieras la mía.

En ese mismo instante, sus almas eran una y sus pensamientos se unían.

–Te juro que te salvaré – dijo el muchacho mientras acercaba un dedo hacia la frente desnuda de la chica a la que, momentos antes, había concedido su espíritu.

–Hibishi ni zazaķa inou zowza...– decía mientras dibujaba una señal dorada de asombrosa complicación con excelente elegancia – el “Juramento Inquebrantable” es nombrado por mí, aquí y ahora – sus ojos se tornaron, momentáneamente, rojo fuego, como cuando el sol cae en los anchos desiertos.

Una sombra surcó las tinieblas y se fundió en la piel del joven brujo, marcándole su juramento en el brazo derecho.

Unos sonoros pasos que, al contraste con el silencio, parecían como el sonido de los relámpagos, rompieron la calma y, el joven con paso apresurado, se tapó media cara, de esa forma sólo se le distinguían los ojos del resto de la oscuridad, y cuando se disponía a huir por el balcón...

– ¿Morirás por mi culpa? – dijo Naishä con voz cansada.

– Sólo si tú quieres – y desapareció al tiempo que un grito desgarraba el manto de la noche:

– ¡¿Quién ha podido hacer esto?! ¡Avisad a todos los guardias! ¡Hay un intruso! – el hombre que había descubierto a sus compañeros asesinados, miraba con los ojos sin punto fijo a las cabezas que habían rodado por el suelo y estaban totalmente descompuestas – ¡Registrad todos los cuartos... el de la princesa también!

Un crujido delató la entrada de los guardias a la alcoba, pero allí sólo había una muchacha profundamente dormida que mostraba unas manchas oscuras cerca de la mandíbula. El prófugo no estaba allí.

El joven se había deslizado hasta el piso inferior y caminaba apresuradamente hacia un torreón en el centro del edificio. Subió la escalera de caracol, sin hacer ni un solo ruido mientras pisaba la fría piedra.

Consiguió entrar en el cuarto más lujoso que cualquiera pueda imaginar. Sacó una daga de su cinturón y se hizo una profunda herida en su muñeca, de la que, rápidamente, empezó a manar sangre de un color carmesí que, a la luz nocturna brillaba como una gema líquida. Dejó que la sangre salpicara el suelo y que ensuciara la estancia. Tras vendar la herida con un trozo de lona negra, se colocó enfrente del espejo y perfiló su contorno en la nada. El perfil se convirtió en una copia de su creador; tan solo había una diferencia, la copia iba vestida de lujosas prendas.

Sin ningún miramiento, “mató” a su copia y se dirigió con el falso cadáver a la zona donde los guardias patrullaban.

Las pisadas fueron sonoras, y cuando los soldados se giraron, huyó con el cuerpo hacia unos pasadizos subterráneos, hizo desaparecer la copia y se dirigió hacia una de las muchas imágenes que había grabadas en la pared. Los sonoros mandos de los oficiales se oían desde su posición. Se apresuró a escribir algo con tinta en un trozo de papel, decía así:

Su alma no descansará en paz hasta que acabe con el traidor.

Los pasos de los hombres eran sonoros y cercanos. Pronto lo encontrarían, si no hacía nada para impedirlo. Abrió el signo que tenía delante y se precipitó en la oscuridad que asomaba por el pequeño hueco.

El prófugo llegó a una pequeña habitación con agua que rodeaba una pequeña plataforma de piedra. Cogió un diminuto pendiente hecho del diente de algún enorme animal. Se colocó el diminuto objeto en la oreja izquierda y, acto seguido, invocó una bolsa en la que había: agua, comida, ropa y un antiguo libro con extraños símbolos en la piel que decoraba la cubierta.

Oyó que, no muy lejos, los guardias habían encontrado la nota y se apresuró a salir por un túnel que conducía a la salida de la fortaleza.

El descenso duró más de lo imaginado. Dentro del túnel habían brotado cientos de diferentes especies de plantas que detenían constantemente la huida del intruso que, muy enfadado, arrancaba las plantas desde la raíz.

Al llegar al final del túnel, se encontró a los pies del castillo, mirando fijamente las luces de las antorchas.

Palpó donde se suponía que debía estar la salida, y se fue arropado por la noche.